

CAPÍTULO 1

EL AUTOBÚS OLÍA A MOHO, ACEITE Y SUDOR. MIENTRAS LA dispersión urbana de Atlanta desaparecía detrás de nosotros, yo golpeteaba mi pie contra el suelo y masticaba un rizo de mi nuevo cabello largo. Una voz molesta me recordó que solo estaba a media hora de mi hogar, que si me bajaba en la parada siguiente y caminaba de regreso a Smyrna, para el atardecer podría estar en la comodidad de mi propia habitación, con el aroma familiar de la cocina almidonada de mamá en el aire. Ella me abrazaría y nos sentaríamos juntas a mirar *reality shows* horribles; ella se quedaría dormida a mitad del programa y entonces nada cambiaría.

Pero algo tenía que cambiar. Porque yo había cambiado.

Mientras observaba los veloces árboles movedizos mi mente estaba de regreso en la ciudad, en un baño del centro comercial; las imágenes cambiaban y se mezclaban como un caleidoscopio: una chica de mi escuela, su grito cuando me reconoció. Su padre entrando de golpe, sus manos ásperas y veloces sobre mi cuello y mis hombros. Mi cuerpo golpeando el suelo.

—¿Estás bien? —gritó prácticamente una voz en mi oído. Alcé la mirada y vi a un chico con auriculares, su mentón estaba apoyado sobre el respaldo del asiento frente a mí. Me dedicó una sonrisa torcida mientras se quitaba los auriculares—. Lo siento.

–No hay problema –dije. Él me miró mientras golpeteaba los dedos sobre el apoyacabezas. Sentía que debía decir algo, pero no confiaba en que mi voz no fuera a delatarme.

–¿A dónde vas? –se dejó caer sobre el respaldo del asiento como un gato, sus brazos por poco rozan mis rodillas. Deseé poder enrollarme en una diminuta bola blindada y ocultarme en mi equipaje.

–Lambertville –respondí en voz baja–. En el condado de Hunterdon.

–Yo voy a Knoxville –dijo él, antes de continuar hablando de su banda, *Gnosis Crank*. Me di cuenta de que solo había preguntado por mí como una formalidad para poder hablar sobre sí mismo, pero no me importó; eso significaba que yo no tenía que decir demasiado. Me contó sobre el primer recital que hizo en un bar en Five Points.

–Genial –comenté.

–La mayoría de nuestras canciones están en Internet, si quieres escucharlas.

–Lo haré.

–Por cierto, ¿cómo te hiciste ese ojo morado?

–Yo...

–¿Fue tu novio? –preguntó.

Me ardían las mejillas. Él se rascó el mentón. Asumió que tenía novio. Asumió que yo era una chica. Bajo otras circunstancias, eso me habría entusiasmado.

–Me caí –respondí.

Su sonrisa se volvió triste.

–Eso es lo que mi mamá solía decirles a los vecinos –comentó él–. Ella se merecía algo mejor, y tú también.

–Es cierto –asentí. Tal vez él tenía razón, pero lo que me merecía y lo que podía esperar de la vida eran dos cosas diferentes–. Gracias.

–No hay problema –dijo él mientras se ponía de nuevo los auriculares. Sonrió y añadió en voz demasiado alta antes de regresar a su asiento–: Fue un placer conocerte.

Mientras nos dirigíamos al norte en la carretera interestatal 75 le envié un mensaje de texto a mamá, para que supiera que estaba bien y a mitad de camino. Ella respondió diciendo que me amaba, aunque podía percibir su preocupación a través del teléfono. La imaginaba completamente sola en nuestra casa, con Carrie Underwood sonando sin parar mientras los ventiladores de techo susurraban sobre su cabeza. Sus manos cubiertas de harina y cruzadas sobre la mesa frente a ella, con demasiadas galletas en el horno porque estaba acostumbrada a cocinar para dos. *Si yo hubiera tenido la fortaleza para ser normal, pensé, o al menos la fortaleza para morir, entonces todos habrían sido felices.*

—Próxima parada: Lambertville —exclamó el conductor a través del intercomunicador metálico y discordante. Fuera de las ventanas, nada del paisaje había cambiado. Las montañas se veían iguales. Los árboles se veían iguales. Podríamos haber estado en cualquier parte del sur, lo mismo que decir en el medio de la nada. Parecía la clase de lugar donde papá viviría.

Me temblaban las manos cuando el autobús se sacudió hasta detenerse. Fui la única que se puso de pie. El músico alzó la mirada de su revista y asintió mientras yo juntaba mis pertenencias. Un hombre mayor con la piel curtida y la camisa manchada de sudor me observó desde los pies al cuello sin hacer contacto visual. Yo clavé la vista al frente y fingí no darme cuenta.

La puerta se abrió con un chasquido y el autobús soltó un silbido. Cerré los ojos, susurré una plegaria para un dios que no estaba segura de que siguiera escuchándome, y bajé del vehículo. El calor húmedo y enfermizo de la tarde me golpeó como un muro sólido.

Habían pasado seis años desde que había visto a mi padre. Había ensayado este momento una y otra vez en mi cabeza. Correría a abrazarlo y él me besaría la coronilla y, por primera vez en un largo tiempo, me sentiría a salvo.

—¿Eres tú? —preguntó papá, su voz amortiguada por el sonido bajo del motor del autobús. Entrecerré los ojos por la luz intensa. Él llevaba

puesto un par de gafas de sol con marco de alambre y ahora al menos la mitad de su cabello estaba canoso. Líneas profundas se habían formado alrededor de su boca. Mamá las llamaba “líneas de la risa”, así que no estaba segura de cómo se las había hecho. Solo su boca era como la recordaba: el mismo tajo delgado y horizontal.

–Hola, papá –dije. Las gafas de sol hacían que fuera más fácil mirarlo a la cara. Ambos permanecimos quietos en donde estábamos.

–Hola –saludó él después de un momento–. Pon tus cosas en la parte de atrás –abrió la cajuela y subió al auto. Guardé mi equipaje y me uní a él. Recordaba ese auto; tenía al menos diez años, pero papá era bueno con las máquinas–. Debes tener hambre.

–En realidad, no –respondí. No tenía hambre desde hacía un tiempo. No lloraba desde hacía un tiempo. En general, solo me sentía anes-
tesida.

–Deberías comer –me miró con rapidez mientras salía del estacionamiento. Sus gafas se habían vuelto transparentes y, detrás de ellas, sus ojos eran de un soso color café casi grisáceo–. Hay un restaurante cerca del apartamento. Si vamos ahora, tendremos el lugar para nosotros solos.

–Suena agradable –papá nunca había sido sociable, pero una vozcita en mi cabeza decía que él no quería que lo vieran conmigo. Respiré hondo–. Tus gafas son geniales.

–¿Oh? –se encogió de hombros–. El astigmatismo empeoró. Me ayudan.

–Qué bueno que te lo hayas tratado –dije; mis palabras eran tan temblorosas e incómodas como me sentía yo. Bajé la mirada hacia mi regazo.

–Tienes mis ojos, sabes. Deberías cuidarte.

–Sí, señor.

–Pronto te llevaremos al oftalmólogo. De todos modos, necesitas que te revisen después de ese ojo morado.

–Sí, señor –un cartel apareció en los árboles a la izquierda; mostraba la caricatura de un soldado disparando chispas rojas, blancas y azules con una bazuca. CABAÑA DE FUEGOS ARTIFICIALES DEL GENERAL BLAMMO. Giramos, y el sol nos dio de frente, así que sus ojos se ocultaron de nuevo; su mandíbula estaba en una posición que no sabía cómo interpretar–. ¿Qué te dijo mamá?

–Estaba preocupada por ti –respondió–. Dijo que no estabas a salvo donde vivías.

–¿Te contó sobre lo que sucedió en segundo año en la escuela? ¿Cuando... estuve en el hospital?

Sus nudillos se tornaron blancos sobre el volante. Miraba al frente en silencio mientras pasábamos por un edificio de ladrillo viejo con un campanario manchado. El cartel decía: IGLESIA BAUTISTA LA NUEVA ESPERANZA. Un Walmart se cernía detrás de él.

–Podemos hablar de eso después –se acomodó las gafas y suspiró. Las líneas en su piel parecían profundizarse. Me preguntaba cómo había envejecido tanto en seis años, pero entonces recordé lo mucho que yo misma había cambiado.

–Lo siento –dije–. No debería haberlo mencionado –observé cómo el entramado de las granjas de tabaco pasaba a nuestro lado–. Es solo que nunca llamaste o escribiste.

–No estaba seguro de qué podía decir –respondió–. Ha sido difícil hacer las paces con... todo.

–¿Has hecho las paces ahora que me has visto?

–Dame tiempo, peque –sus labios se fruncieron al formar la última palabra, tan inusualmente informal para él–. Supongo que solo soy anticuado.

La luz de giro sonó al mismo tiempo que mi corazón mientras el automóvil bajaba la velocidad. Nos detuvimos frente a Sartoris, un vagón de ferrocarril real transformado en restaurante ubicado sobre un bloque de hormigón como base.

–Entiendo –comenté. Me imaginaba cómo debía verme para él, y mi mente se apresuró a recordarme las peores cosas que había sentido sobre mí misma–. Aunque mi nombre es Amanda ahora, por si lo olvidaste.

–Está bien –respondió él. Apagó el motor, abrió la puerta y vaciló–. Está bien, Amanda. Puedo hacer eso –caminó hacia la puerta de entrada de ese modo suyo similar al mecanismo de un reloj, con las manos en los bolsillos y los codos formando ángulos simétricos. No pude evitar ver mi reflejo en el escaparate: una chica adolescente desgarbada, con largo cabello castaño, vestida con una camiseta de algodón y shorts arrugados por el viaje.

Una campana sonó cuando entramos al restaurante vacío. Una camarera con ojos somnolientos alzó la vista y sonrió.

–¡Hola, señor Hardy!

–Buenas tardes, Mary Anne –saludó él con una sonrisa amplia, agitando la mano mientras se sentaba en el mostrador. Esa sonrisa me dio una sensación de vértigo. Él había sonreído cuando yo tenía siete años y le dije que quería hacer la prueba para entrar a las ligas menores. Había sonreído cuando yo tenía nueve y accedí a ir de cacería con él. No podía recordar ninguna otra vez más–. Escuché que tu abuela tuvo un derrame cerebral. ¿Cómo están todos?

–Ella dice que el cielo no la quiere y que el infierno teme que ella quede a cargo –comentó la chica mientras tomaba un anotador y un bolígrafo de su delantal y se acercaba–. Aunque la terapia física ha sido difícil.

–Si hay alguien que pueda hacerla, esa es ella –respondió papá. Le devolvió el menú sin mirarlo–. Té dulce y una ensalada César con pollo, por favor.

Ella asintió.

–¿Y quién es tu acompañante? –preguntó, dirigiéndose a mí. Mis ojos pasaron con rapidez de ella a papá.

–Soy Amanda –dije. Parecía que ella esperaba más información, pero no tenía idea de lo que papá les había dicho a las personas sobre su familia. ¿Y si les había contado que tenía un hijo único? Le entregué el menú, temblorosa, y pedí–: Quiero un waffle y una soda dietética, por favor, señora, gracias.

–Es mi hija –respondió papá después de un minuto, la voz titubeante y rígida.

–Pues, ¡es idéntica a ti! –intercambiamos una mirada incómoda mientras Mary Anne se alejaba para buscar nuestras bebidas.

–Parece agradable –comenté.

–Es una buena mesera –papá asintió con rigidez. Tamborileé los dedos sobre el mostrador y moví los pies de adelante hacia atrás sin prestar atención.

–Gracias por permitirme quedarme contigo –dije en voz baja–. Significa mucho para mí.

–Era lo menos que podía hacer.

Mary Anne trajo nuestra comida y se alejó pidiendo permiso para saludar a un par de hombres canosos que lucían camisas a cuadros.

Uno de los hombres se detuvo a conversar con papá. Su nariz era redonda y estaba cubierta de una telaraña de venas púrpuras, sus ojos estaban ocultos debajo de unas cejas muy oscuras.

–¿Quién es este rayito de sol? –preguntó él, extendiendo el brazo junto a papá para saludarme.

–Amanda –murmuró–. Mi hija.

El hombre silbó y le dio una palmada en el hombro a papá.

–Vaya, ¡con razón no la he visto antes! Si tuviera una hija tan bonita como esta, yo también la mantendría oculta –mis mejillas ardieron. Me incliné sobre el mostrador, intentando ocultar mi rostro–. Solo dime si alguno de los muchachos se comporta de manera impertinente y te prestaré mi rifle.

–No creo que eso sea un problema –dijo papá, vacilante.

–Ah, confía en mí –insistió él, guiñándole un ojo–. Tuve tres hijas, ninguna de ellas era la mitad de bonita que ella en su momento, y aun así era lo único que podía hacer para mantener a los chicos alejados.

–Está bien –dijo papá–. Gracias por el consejo. Parece que tu café se enfría.

El hombre se despidió, guiñó un ojo de nuevo y caminó con rigidez hacia su asiento. Yo enfoqué mi atención directo frente a mí. Por el rabillo del ojo noté que papá hacía lo mismo.

–¿Lista para partir? –preguntó al fin.

Se puso de pie sin esperar una respuesta y lanzó un billete de veinte dólares en la mesa junto a nuestra comida a medio terminar. No hicimos contacto visual cuando subimos al vehículo y salimos del aparcamiento.